

Contestación del Académico Monseñor doctor

Nicolás E. Navarro.

Señores:

El ingreso del Doctor José Ramón Ayala en nuestra Academia de Ciencias Políticas y Sociales corresponde del modo más ajustado a los ideales y propósitos de esta Institución; y si bien pudiera parecer tardío este reconocimiento de su preclara benemerencia, basta para explicar el hecho el escaso margen que ofrecen los Cuerpos de esta índole para rendir en cada oportunidad el debido honor a todos cuantos son de él acreedores. El Doctor José Ramón Ayala ha descollado siempre como varón perito en filosofía y letras, y habiendo tenido la fortuna de nutrir su intelecto con la mejor sustancia del humano saber y de forjar su mentalidad bajo la influencia de las doctrinas más abundosas de verdad y de justicia, nada tiene de extraño que su pensar se explaye de continuo por los dominios más abstrusos de la especulación metafísica. Es un jurista consumado, en sus manos la dialéctica no conoce vericuetos de sofisma, y su palabra austera, así en la exposición y desarrollo de los temas como en la argumentación formida-

ble para defender sus puntos de vista, resplandece siempre con la intensa claridad de los grandes principios y posee todo el vigor de los maestros más gloriosos de la ciencia del derecho. De ahí que el Doctor José Ramón Ayala jamás haya pactado con teorías o métodos mal avenidos con los imperativos del justo razonar y que una firme intransigencia en cuanto a las orientaciones políticas y sociales de nuestros días le mantenga en una actitud bien definida, como pensador y como creyente, en la pléyade ilustre de intelectuales que magnifican el foro venezolano.

No podía menos, por tanto, el Doctor José Ramón Ayala, al escoger un tema para su discurso de incorporación en esta nuestra Academia, de fijarse en las cuestiones en torno de las cuales giran hoy todos los conatos de perfeccionamiento de las instituciones para la mejor marcha de la sociedad humana hacia el logro del justo reparto de bienes entre quienes la constituyen. Y en vista del descarrío de los sistemas, a presencia del fracaso cada vez más manifiesto de los ensayos, ante la temeraria desconexión de los destinos terrenales del hombre de los fines ultraterrenos pautados a nuestro linaje por el Autor mismo de la Naturaleza, el Doctor José Ramón Ayala recobra aquí su potente voz de oráculo para impugnar falaces dogmas con que las aberraciones naturalistas y los excesos de un racionalismo soberbio, prescindiendo por completo del postulado religioso, han pretendido renovar la faz de la tierra así en cuanto a la alta dirección de los Estados como en la feliz solución de los problemas tocantes a la dignidad del individuo y al bienestar común de la humanidad.

Con cuánta razón, en efecto, se eleva nuestro recipiendario contra las fatales consecuencias de esa filosofía divorciada del cristianismo que, haciendo caso omiso de la soberanía de Dios en la dirección de la suerte del mundo, tiene la arrogancia de suplantarlo, pero se ve, sin embargo, obligada a afrontar todas las agresiones de que ella

misma hiciera blanco al orden sobrenatural. Porque no hay remedio, señores, las ideas gobiernan a los actos y los mandan, y puesto que hay todavía una sociedad, ésta no puede menos, si quiere perdurar, de atribuirse y ejercer derechos divinos, por ejemplo, afirmar ciertos principios, establecer leyes, instituir jueces, protegerse a sí misma por medio de ejércitos, poner, en fin, diques a lo que ella sigue llamando "mal", pero que otros llaman "bien" porque en ello ven la satisfacción de una necesidad natural, de una vida natural, de esta naturaleza, en una palabra, que para ellos es lo verdadero y únicamente divino. Y así viene a ser la sociedad, a su vez, la gran enemiga, la gran usurpadora, el gran tirano, el gran obstáculo que es preciso derribar y destruir a toda costa: sociedad política y civil, sociedad doméstica también, porque todas están fundadas en la estabilidad del matrimonio que es para la naturaleza un yugo intolerable, en la herencia que es una violación manifiesta de la igualdad natural, en la propiedad, en fin, que es el robo por los individuos de un bien perteneciente por naturaleza a todos. Y como no es posible detenerse en la fatal sima, ese flamante naturalismo va rodando de negación en negación hasta llegar a la de las bases mismas de la naturaleza racional, hasta la de toda regla de lo justo y de lo honesto, hasta la total demolición de los fundamentos mismos de la sociedad. Con lo que hétenos aquí, señores, en presencia del terrífico espectro del socialismo y comunismo. Parada final ineluctable del desconocimiento de Dios, de la traición a Dios, de la expulsión de Dios que la propia sociedad perpetrara a virtud de los engañosos espejismos bajo los cuales las rebeldías modernas se alzaron con las ventajas que una civilización basada, sin embargo, en Dios, había prodigado al mundo.

Nuestro nuevo colega ha contemplado con ojo cierto el pavoroso espectáculo. Ha visto cómo lo que se rehusaba a las verdaderas y puras doctrinas se ha otorgado con larga mano a toda suerte de doctrinas turbias y men-

daces; se ha indignado ante los conatos de lastimosa amalgama, ante el prurito de imposibles alianzas entre unas y otras que no han dejado de manifestarse, y con los más altos espíritus de la época deplora ese monstruoso desconcierto en que fatalmente se ha perdido la ciencia y el sentido de los límites, en que la confusión o la separación, es decir, el desorden y la muerte, han venido a reinar allí donde Dios sólo estableciera la distinción para producir la unión en el orden. ¿No hemos visto a la Alemania queriendo hacer de la teología una filosofía trascendente, o a la Francia pretendiendo contrastar a la fe por medio de la ciencia? La religión, para un número hartó crecido de lucubradores, apenas ha sido un sentimiento, la fe un instinto, la caridad un entusiasmo, la oración un piadoso ensueño. Una vez abierto el camino, no ha habido detención posible, y se han humanizado los dogmas y los misterios, se han humanizado la moral y el culto; y habiéndose naturalizado por fin los preceptos divinos, se ha dado al traste con los consejos, como si fueran otras tantas exageraciones más propias para hacer fanáticos que para formar verdaderos hombres y sobre todo verdaderos ciudadanos. Se han soñado no sé qué progresos, no se qué condiciones de existencia social fuera de la fe, fuera de todo principio sobrenatural y aun de todo principio metafísico. Se ha sistemáticamente descartado, suprimido, abolido la cuestión divina, intentando eliminar de ese modo lo que divide a los hombres y rechazando así del edificio la piedra fundamental, so pretexto de que es una piedra de tropiezo y de contradicción. En una palabra, señores, si por acaso la ruptura con el cristianismo no ha quedado en alguna parte totalmente consumada, sí ha llegado a desnaturalizarse el sentido ortodoxo de los dogmas católicos, y a ponerse en peligro la integridad y pureza de la fe. Mas ¿qué ha ocurrido en consecuencia? Que reaccionando por fuerza sobre todo lo demás la debilitación o el falseamiento de las doctrinas, la generación moderna, en sus pensamientos, en sus obras,

en su carácter, en su vida, se ha hecho vacilante, pusilánime, mediocre, tolerante para el mal todavía más que para los malhechores, indolente para con el error y a veces llena de blandura a su respecto, y por encima de todo impotente e inhábil para el bien, incapaz de proveer a su propia estabilidad y de conjurar su ruina, aun desde el punto de vista material.

Por fortuna, señores, el fermento de la civilización cristiana no ha desaparecido del mundo, y ese cristianismo, tenido siempre por religión celestial y con derecho a ocupar aquí abajo un puésto de los más honorables y sobremanera sagrado, acaba siempre por recobrar su predominio como principio, como le, suprema y fin último de todas las cosas humanas y temporales. Y si el exceso de la soberbia humana llega por temporadas a disputar a Jesucristo su título de rey de las almas y legislador soberano de las conciencias, a poner en tela de juicio su realeza sobre las naciones y sobre la creación entera, tarde o temprano el buen sentido se restablece y los dictámenes de la sana razón se imponen hasta inundar de luz los espíritus, borrando toda niebla de paralogismo y reponiendo en su plena excelsitud las verdades que el orgullo de los hombres pareciera haber disminuído.

¿No estáis acaso oyendo, señores, las voces que ya resuenan en medio de este universal estruendo con que diríamos se acaba el mundo, clamando por el restablecimiento del orden cristiano como el único medio de poner la paz y mantener la armonía en los conflictos de intereses que la ambición o el justo anhelo de los Estados ocasiona? Yo voy a poner término a estas breves consideraciones destacando aquí el bello testimonio en favor de ese resurgimiento del ideal político cristiano rendido por un renombrado estadista, el embajador Halifax, en reciente discurso, tan aplaudido por todo el orbe civilizado. Escuchad esas áureas palabras:

“Grandes cantidades de soldados, aviadores y ma-
“rinos norteamericanos, pasean por Londres todos los
“días. Entre los espectáculos que contemplan está en
“primer lugar la Catedral de San Pablo. Hace dos
“años se encontraba repulgada con toda clase de ador-
“nos. Estos se han convertido en cenizas por los
“bombardeos, pero la Catedral sigue erguida mayes-
“táticamente, y su gran cruz dorada se destaca clara
“en el cielo, simbólicamente. Grandes masas de edi-
“ficios han desaparecido, pero lo que realmente im-
“porta, ha sobrevivido. Lo que creíamos de gran va-
“lor ha desaparecido, pero hemos averiguado que hay
“algo que vale más. Aunque consideramos la guerra
“como una liberación de los pueblos esclavizados,
“también la vemos como una lucha para dejar libre el
“camino cristiano a las generaciones futuras. Sola-
“mente ahora que está en peligro de desaparecer nos
“hemos dado cuenta de lo que vale y significa el cris-
“tianismo, y de lo que sería una vida con el modelo
“nazi. Los nazis dirán que la cristiandad no ofrece
“respuesta a los urgentes problemas de la vida. Pero
“nosotros sabemos que hay una respuesta mejor. Por
“el camino cristiano, acabaremos con la pobreza, la
“inseguridad y el desempleo. De esta manera, existe
“en el pueblo británico un sentido más profundo de
“la vida, y al recuperar las viejas e inmutables ver-
“dades nos da más confianza en nosotros mismos y
“en nuestro futuro. Durante los últimos años hemos
“aprendido lo que necesitábamos, y estamos resuel-
“tos a no perder otra vez el nuevo sentido de los va-
“lores, que nos ha puesto de manifiesto la guerra.

“Por todo ello, lucharemos contra el enemigo a
“cualquier costa, a fin de poder edificar un futuro en
“el cual estos principios regirán las vidas de los hom-
“bres”.

Recojamos ese vaticinio de un próximo porvenir feliz, señores, y que realmente puedan las nuevas generaciones envanecerse de que ahora se estuvo luchando “por la civilización cristiana contra el resurgimiento de la barbarie; porque todo cuanto existía de humanidad, libertad, justicia y derecho había sido puesto en peligro por el salvajismo organizado y mecanizado para esclavizar o destruir el espíritu del hombre” (1). Así sólo tendría razón de ser la espantosa prueba de sangre y aniquilamiento a que el género humano está hoy sometido, y, aunque tan costosa, bienvenida sería una victoria en que “las fuerzas de la libertad aseguren el triunfo de los principios que inspiraron la contienda” (2).

Al brindar en nombre de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales la más cordial acogida entre sus Individuos de Número al Doctor José Ramón Ayala, me complazco en tributarle además la ofrenda personal de mi sincera admiración al hombre de fe y de ciencia que él es, y rindo homenaje al eminente letrado de quien blasonan con legítima ufanía, como de uno de sus hijos más eximios, la Iglesia Católica y la Patria venezolana.

He dicho.

(1) Discurso citado.

(2) Ibid.